

ALLEN W. PHILLIPS

La presente conferencia es la más breve de las tres que he dedicado últimamente como sincero y sentido homenaje a Ramón López Velarde en este año de 1971, el cincuentenario de su muerte. Las páginas que siguen tienen un doble propósito: primero, el de ofrecer, en apretado resumen, algunas consideraciones de tipo general sobre sus tres libros de poesía y, segundo, el de demostrar la unidad fundamental que los caracteriza. Por muchos motivos, no siendo el menor de ellos el magistral estudio que dedicó hace unos años Octavio Paz a la obra de López Velarde, un ensayo que prácticamente agota la posibilidad de decir algo nuevo sobre el escritor, había decidido no volver a escribir más sobre el poeta zacatecano. Sin embargo, por el fervor siempre renovado con que me aproximo a su obra, tanto la que escribió en verso como en prosa, he querido ocuparme otra vez de López Velarde desde una nueva perspectiva, si es posible, en esa fecha del debido homenaje conmemorativo.

Con este intento, he releído con atención los libros principales del poeta, y, al meditar sobre ellos, se me ha ocurrido la posibilidad de pensar nuevamente sobre la trayectoria total de López Velarde, libro por libro, con la idea de puntualizar lo que representa cada obra en verso en su evolución de hombre y de artista. Dada la naturaleza de su obra, singularmente compleja y reconcentrada, no se agota fácilmente en su auténtica dimensión espiritual. El escritor no nos revela de manera llana y sencilla las complejas emociones que dan origen a sus mejores poemas y prosas, con el resultado de que el lector atento va descubriendo con el tiempo nuevos e insospechados matices de sentido antes inadvertidos. Este hecho, a mi juicio, tiende a confirmar la modernidad y la pervivencia de López Velarde. Y hasta me pregunto si el poeta, en una época tan atrevido e iconoclasta, se ha convertido ya en un valor clásico. Un clásico siempre vivo, en cuya obra generaciones de lectores encontrarán nuevas iluminaciones de belleza espiritual en lo más duradero de su inmarcesible poesía. Junto a sus reconocidas audacias de lengua y estilo (y ¿no es su máximo aporte a la poesía un lenguaje lírico nuevo e insólito?), una profundísima dimensión humana caracteriza lo mejor de su obra. En el presente contexto quisiera recordar que López Velarde, reacio a la especulación teórica y adicto a la magia de dentro y de fuera, al hablar de su gran amigo el pintor Saturnino Herrán en una prosa que es a la vez un panegírico y una confesión íntima, escribe: "... No dudó

entre los desvaríos mentales y los brazos palpables de la Vida." La obra del poeta jerezano no es cerebral sino vital; la inspira una estética de la corazonada; y se basa en la emoción auténtica que luego "con escrúpulo de diamantista" se convertirá en la más aquilatada poesía lírica.

No es mi intención establecer aquí una jerarquía en las excelencias poéticas de López Velarde en su evolución desde la publicación de *La sangre devota* hasta los poemas posteriores recogidos póstumamente con el título de *El son del corazón*. Nadie niega hoy día que *Zozobra* es su mejor libro en verso, pero no hay razón alguna para menospreciar su primero y su último volumen de poesía. Ni es tan inocente la poesía de *La sangre devota* (ya lo implica la ambigüedad de su título, que recuerda a Rubén Darío y sus *Prosas profanas*) como se creyó en un principio, ni tampoco se agota en sus últimos poemas recogidos en 1932. Personalmente yo estimo mucho la poesía de *El son del corazón*, libro que encierra algunas de sus más bellas composiciones tales como ("Gavota", "El sueño de los guantes negros", "El perro de San Roque"), y además sé que el poeta mismo las estimaba. En efecto, los tres libros marcan hitos significativos en la unidad que se puede considerar fundamental en la trayectoria del poeta y del prosista. Es indispensable, en este breve preámbulo, insistir una vez más en cómo se integran en estrecha unidad de tono, de concepción y de estilo su obra en verso y en prosa.

Creo que ya ha quedado desterrada, para siempre, la errónea noción de la sencillez provinciana de la poesía de López Velarde, sobre todo si se piensa en cómo la provincia, uno de sus temas permanentes, se va llenando progresivamente de contenido espiritual. La provincia es, como Fuensanta que la simboliza, un tiempo y un espacio de imposible recuperación; es la juventud y es la inocencia. Hasta una buena porción de las composiciones poéticas que integran su primer libro tienen poco de provinciano. En efecto, los mejores poemas de esta etapa inicial, ya no tan ingenuos y diáfanos, son los que López Velarde escribió hacia 1915, año por cierto clave en su rapidísima evolución de escritor. Y sobre esa fecha de 1915 no se puede insistir demasiado si uno quiere comprender la totalidad de su vida artística. En las últimas poesías de *La sangre devota*, que ahora me interesan, se plantean ya ciertos problemas espirituales, dudas y afirmaciones, que se agudizan sensiblemente en su época posterior. Desde temprano, pues, el poeta empieza a darse cuenta de sus propias complicaciones anímicas. Escudriña en los últimos recintos de su alma tensa y dividida; y llega a objetivar algunos conflictos que con mayor intensidad le desgarrarán más tarde. López Velarde en *La sangre devota* comienza a revelar, poco a poco, incluso diría con timidez y un recato característico, la vehemencia de su temperamento erótico; tampoco falta la autoironía que a veces matiza el diálogo íntimo que se establece entre el poeta y su alma. Están presentes también ciertos prosaísmos líricos e indiscutibles dejes humoristas, elementos que lo

alejan de modo visible de una cara del modernismo. Un ejemplo significativo: la poesía "Mi prima Águeda", seguramente una de las mejores realizaciones de todo el libro, en la cual se relata el despertar del deseo erótico en el joven, temeroso y embelesado ante la presencia femenina de su prima incitante. Otro tanto puede decirse de "En la plaza de armas", una composición que es un recuerdo en el que se mezclan curiosamente lo cordial y cotidiano, expresado en una lengua estudiadamente burlona y rebuscada.

Quiere remontar, como dice, el río de los años, en busca de su pasado inocente y provinciano, pero las nuevas y más complejas experiencias que el poeta califica de *licenciosas* y *fúnebres*, impiden tan anhelado retorno a sus orígenes. Se trata de un querer y no poder. El mismo deseo informa también un poema de *Zozobra*, del cual tomo estos versos:

Cobardemente clamo, desde el centro
de mis intensidades corrosivas,
a mi parroquia, al ave moderada,
a la flor quieta y a las aguas vivas.
Yo quisiera acogerme a la medida,
a la estricta conciencia y al recato
de aquellas cosas que me hicieron bien...

.....

Acudo a la justicia original
de todas estas cosas;
mas en mi pecho siguen germinando
las plantas venenosas,
y mi violento espíritu se halla
nostálgico de sus jaculatorias
y del pío metal de su medalla.

("El minuto cobarde")

También el poeta alude de vez en cuando al fracaso de su primer amor ("Me estás vedada tú...") y el último poema del libro, de fecha muy anterior en su primera versión, lo cierra con una significativa nota de despedida final. López Velarde está situado espiritualmente entre "quimeras difuntas" y aquellos "sueños nacientes" a los cuales se refiere en el poema "La tejedora". Infinita es su sed de amar ("Hermana, hazme llorar"). Igualmente constante e intensa es su sed "de veneros femeninos" y, junto a imágenes de raíz religiosa, comienzan a prodigarse las de fuente árabe como en su poesía más madura. La fugaz alusión en la misma composición de 1915 de "La tónica tibieza" a "la hora reseca e impotente / de mi

vejez" parece anticipar aquellos hermosos versos de "La última odalisca" del libro *Zozobra*:

¡Lumbre divina, en cuyas lenguas
cada mañana me despierto:
un día, al entreabrir los ojos,
antes que muera estaré muerto!

También en los siguientes tomados de "Hormigas" se alude a esa misma preocupación fundamental:

Mas luego mis hormigas me negarán su abrazo
y han de huir de mis pobres y trabajados dedos
cual se olvida en la arena un gélido bagazo;

En un plano distinto la poesía titulada "A la patrona de mi pueblo", es de retorno y en ella llega a la Patrona de su pueblo "desde las tenebrosas anarquías / del pensamiento y la conducta" y, dirigiéndose directamente a ella, escribe finalmente:

y que me dejes ir
en mi última década
a tu nave, cardíaco
o gotoso, y ya trémulo,
para elevarte mi oración asmática
junto al mismo cancel
que oyó mi prez valiente,
en aquella alborada en que soñé
prender a un blanco pecho
una fecunda rama de azahar.

Aquel poema se relaciona también con "Humildemente", el último de *Zozobra* en el que igualmente se cuenta, en circunstancias parecidas, una vuelta a la provincia.

Es obvio decir que en "A Sara" la clara y franca sensualidad, fundida ya con la muerte y la macabra preocupación por la descomposición del cuerpo humano, no hubiera desentonado tampoco dentro del segundo libro. Ni se me olvida tampoco la breve aparición en "Boca flexible, ávida...", de la mujer capitalina, peligro armonioso para su filosofía petulante. Hacia 1915, sí no antes, su cuerpo y su alma están marcados ya por las heridas causadas por la desilusión, el enigma del amor y la soledad. Los siguientes versos de "Un lacónico grito..." definen, no sin ironía, su propia situación espiritual:

Mas mi labio, que osa
 decir palabras de inmortalidad,
 se ha de pudrir en la húmeda
 tiniebla de la fosa.

.....

Mi corazón olvida
 que engendrará al gusano
 mayor, en una asfixia corrompida.

Siempre que inicio un vuelo
 por encima de todo,
 un demonio sarcástico maulla
 y me devuelve al lodo.

A propósito he copiado los tres fragmentos anteriores, porque alternan con una serie de visiones exaltadas, en un movimiento vertical de saltos y caídas, que es también característico de sus poemas más maduros. Así es que en los mejores momentos de *La sangre devota*, López Velarde tiene ya su Baudelaire, su rima y su olfato. El volumen es el comienzo y representa una trayectoria espiritual que va desde lo que el poeta llama la integridad inocente hasta el despertar de la pasión. Es también en este sentido un claro anticipo de lo que vendrá después de *Zozobra*.

Ahora quisiera detenerme un momento en el poema a mi juicio más significativo de *La sangre devota* y de mayor interés dentro del contexto de la presente exposición. Es, pues, el titulado "En las tinieblas húmedas". En unos versos nocturnos llenos de misterio y de escalofrío López Velarde intenta expresar la emoción amorosa que vive, una emoción en sí contradictoria, mientras en la madrugada dialoga con la mujer lejana. Apunta desde un principio la simultaneidad de los estímulos diferentes y confusos que ella despierta en su conciencia (*goce y pena; el cordial refrigerio y el glacial desamparo*), y, en la estrofa siguiente, evoca a la amada utilizando imágenes de pureza y castidad. Ante su apetito voraz ella es todavía protección y escudo en la soledad capitalina. En ese instante de recogimiento en las tinieblas húmedas y frías; a ella recurre el poeta, y le manda sus versos que llegarán solamente al umbral de su amado espíritu en vela. Pero aun así sólo ella sabrá descifrar su sentido más oculto. El latido del corazón enfermo de la mujer parece repercutir, de modo interminable, dentro del poeta mismo, igualmente deshecho en la soledad nocturna, desamparado y angustiado ante la imposibilidad de su unión. Que yo sepa, nadie hasta ahora ha visto que este poema de *La sangre devota* podría ser una lejana prefiguración de una de las últimas y más heréticas composiciones de López Velarde: "El sueño de los guantes negros",

poema recogido en *El son del corazón*. No se pueden ignorar las diferencias entre ambas poesías, hasta en la concepción de Fuensanta, pero una misma tonalidad, nocturna y escalofriante, así como la inmersión en un mundo hermético, no deja de relacionar los dos poemas. En "El sueño de los guantes negros" tampoco se resuelve el enigma del amor, ni parece alcanzarse la perfecta y anhelada unión de cuerpo y alma. En ambas composiciones suena y resuena una obstinada nota de eternidad. Desde la muerte inminente de Fuensanta hemos pasado a la resurrección de la amada, de una presencia casi material, aunque lejana en el espacio, a una última visión cósmica y metafísica de la mujer amada.

La publicación de *Zozobra* en 1919 desconcertó y deslumbró a los lectores de aquel entonces, sobre todo por su audacia expresiva y los modos sorprendentes que utilizaba López Velarde para dar forma poética a las agudas e intensas conmociones de su alma. Notable fue el cambio estilístico que se efectuó en el corto espacio de unos pocos años. Al comparar a *Zozobra*, libro que sin duda contiene algunas de las más acertadas realizaciones líricas del poeta ("El candil", "Todo", "Día trece", "La última odalisca" y media docena más de poemas de auténtico valor), con su obra de 1916 lo que más resalta, al lado de la profundización en ciertos temas ya visibles desde antes, es la nueva intensidad con que López Velarde hurga, casi con crueldad analítica en los últimos y más escondidos recovecos de su espíritu angustiado ante el enigma del amor y de la muerte. Los siguientes versos, entre muchos otros, bastan para dar la pauta de esa insólita intensidad:

 Mi corazón leal, se amerita en la sombra.
 Placer, amor, dolor... todo le es ultraje
 y estimula su cruel carrera logarítmica,
 sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

y, lanzado su corazón a la hoguera solar, dirá el poeta:

 Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
 seré impasible por el Este y el Oeste,
 asistiré con una sonrisa depravada
 a las ineptitudes de la inepta cultura.

 ("Mi corazón leal se amerita...")

Es de notar, hasta en la adjetivación misma, la violencia cada vez más intensa que usa el poeta cuando nombra su corazón o su espíritu. López Velarde escribe, como él mismo afirma, la enérgica poesía de *Zozobra* desde sus *intensidades corrosivas*. Muy atrás queda el dolor romántico y sentimental, tan evidente en algunas composiciones de su primer libro; ahora

le duelen en la carne misma las llagas que luego, en uno de sus pocos momentos de reposo, suspenderá ante el candil simbólico.

Es sabido que la poesía de *Zozobra* corresponde a los años de la llamada crisis espiritual en la vida de López Velarde. Ha muerto Fuensanta y de ella se despiden en el hermoso poema elegiaco que debidamente abre el libro. Dice el poeta que su esencia es venerable pero quebradizo el vaso de su cuerpo y, en efecto, urge que su paz lo presida en esos momentos de aparente desorientación y desamparo. López Velarde, no obstante, tiene cabal conciencia del cambio efectuado en su alma y a él se refiere varias veces como en "Que sea para bien..." Nuevas revelaciones femeninas y nuevas sensaciones más complejas apenas le dan tregua en el movimiento que de modo dramático escinde su persona. Indecisión pero búsqueda sostenida a la vez. Suspensión y vaivén, motivos constantes. Hasta intuye la posible existencia de una mujer que reuniese en su persona las virtudes espirituales y la carne ("Dejad que la alabe..."). Y así López Velarde anhela una conciliación de los aspectos antagónicos de su alma y hasta parece vislumbrarla en "El candil", poema de viaje y de regreso, así como de descanso final, en el cual se entrega a la más detenida autocontemplación destinada al descubrimiento de la cifra de su propio ser. El tema central siempre es el mismo: su propia conciencia y su ecuación que deseaba averiguar. La mirada del poeta va hacia dentro para captar su íntima realidad y, al mismo tiempo, hacia fuera para elucidar la realidad de las cosas.

Creo que relativamente poco se ha dicho sobre las dimensiones temporales que tanto pesan en la poesía de *Zozobra*. La provincia pertenece a un pasado cerrado e imposible para el escritor solitario y lejano, pero aun así, en toda su lejanía, parece ser un descenso o un refugio más que otra cosa: una nostalgia permanente. El recuerdo de antaño y hasta de ciertas verídicas vivencias infantiles (por ejemplo, el poema jovial, por otra parte tan lugoniano y acrobático, titulado "Memorias del circo" se basa en concretas reminiscencias de su más remota juventud en Aguascalientes) no le abandonan nunca del todo. Sin embargo, cuando se imagina el retorno a la tierra, ya cambiada por la violencia revolucionaria, los medallones de yeso ya no reconocen al que entra en el patio con pies advenedizos. A nadie se le olvida la deliciosa estampa provinciana con que se cierra la misma composición al pasado provincial. De la profunda metamorfosis en su condición espiritual es sumamente instructiva una relectura de dos prosas de *El minuterio*: "En el solar" y "Fresnos y álamos". En ellas se define el estado de ánimo que a mi juicio predomina en la poesía de *Zozobra*. De la primera copio este breve fragmento:

... Ahora, en la honesta abundancia lugareña, la ponzoña de mis sentidos solicita, para responso del opíparo ayer, el magno, el ensordecedor, el loco gemido que sólo la madre de los árabes pudo prestar.

Los siguientes renglones corresponden a la segunda de las prosas mencionadas:

... Mi primer soneto no miró venir el cortejo vívido de los goces materiales, ni mi primera lágrima vió dibujarse en lontananza la confortante silueta de Epicuro. ¿Qué pensarían álamos y fresnos si descubriesen en el rostro de su habitual visitante de aquella época, las huellas del placer?

Hoy mi tristeza no es tumulto, sino profundidad. No tormenta cuyos riesgos puedan eludirse, sino despojo inviolable y permanente del naufragio.

López Velarde también expresa con insistencia su miedo ante el futuro desconocido —el terror ante la muerte, que le atrae como presencia femenina, y el declinar de la vitalidad—, pero más que nada en *Zozobra* el poeta se entrega al vértigo mágico del instante ("Día 13") y vive, como confiesa en memorable poema, en el cogollo del minuto ("Todo"). Se sumerge en su propio tiempo psicológico, el instante suyo, presente y perdurable al mismo tiempo. De ahí, pues, la zozobra y la intensidad con que se enfrenta a su propia alma.

¿Qué representan en la trayectoria literaria y vital de López Velarde los poemas recogidos en el volumen póstumo de *El son del corazón*? Creo que se trata fundamentalmente de un cambio de actitud ante la continuación de ciertos temas básicos ya aparentes en su obra anterior. En su libro final hay, desde el punto de vista temático, una vuelta a la primerísima etapa, la de los poemas de *La sangre devota*, en los cuales predominaban Fuensanta y las estampas de la provincia. Ahora, sin embargo, se trata de una Fuensanta más espiritualizada que se trasfigura en visiones cósmicas, así como en encuentros más allá de la muerte. La provincia se transforma a su vez y logra nueva profundidad espiritual. El lenguaje, por cierto menos hermético que en *Zozobra*, tiende a una mayor claridad expresiva y hasta la forma poética es más tradicional después de las libertades que caracterizaban su obra anterior.

Octavio Paz afirma que estos poemas últimos corresponden a "una contemplación amorosa de la realidad, tal vez menos intensa pero más amplia que la concentrada poesía de su libro central, *Zozobra*". Yo creo que le dan la razón los siguientes versos que definen a mi juicio una característica actitud de López Velarde ante la vida:

En mi pecho feliz no hubo cosa
de cristal, terracota o madera,
que abrazada por mí no tuviera
movimientos humanos de esposa.

("En mi pecho feliz")

Octavio Paz, está en lo cierto, pero yo agregaría algo más sobre la tonalidad y la postura ante la realidad que caracterizan la poesía de *El son del corazón*. Menos vehemente es este libro último —y digo a propósito libro porque se articula íntimamente con los publicados en vida del poeta— puesto que en esos poemas la expresión lírica brota de una posición más reflexiva y contemplativa ante la vida. Continúan los mismos motivos —por ejemplo, la consabida dualidad se reitera con marcada insistencia—, pero ahora los elabora el poeta de modo distinto. Necesariamente hay, después de la intensidad tanto espiritual como expresiva de *Zozobra*, un remanso, y López Velarde da la impresión de haber hallado por un momento cierto reposo contemplativo, así como la posibilidad de conciliar la siempre presente discordia de su corazón. La búsqueda personal de la plenitud, calificada de *cordial* y *reflexiva*, no termina, pero se matiza de otra manera: se trata ahora tal vez del deseo de lograr alguna permanencia después de haber conocido el mundo por todos los hemisferios (“El ancla”). De nuevo recordemos *la moral de la simetría*, lema para mí tan válido como el que hace años empleó Villaurrutia para definir la poesía de López Velarde. Admitida su audacia vital, escribirá en la misma poesía:

No tengo miedo de morir,
 porque probé de todo un poco,
 y el frenesí del pensamiento
 todavía no me vuelve loco.

(“Gavota”)

Aunque insisto en una continuidad interior en lo que respecta a los últimos poemas de López Velarde, no se me escapan los cambios de tono que los caracterizan. La muerte, por ejemplo, es en *El son del corazón* una presencia más íntima, más patética, menos repugnante y terrorífica, cuya inminencia siente el poeta casi visionario como amenaza inmediata y vaticinio que pronto se cumplirá. Siguen imponiéndose las notas de auto-definición, pero en algunas composiciones, como “El sueño de la inocencia”, se representa toda su trayectoria vital en una especie de síntesis de su historia personal en sus varias etapas. Desde la perspectiva de la experiencia total, el poeta contempla ahora con mayor contención su alma, e incluso llegue tal vez a entrever alguna que otra nota de un posible optimismo para el futuro al aferrarse cada vez más al pasado perdido.

En *Zozobra* López Velarde había escrito:

vivo la formidable
 vida de todas y de todos;

(“Todo”)

pero ahora, en la composición inicial que da al poemario su título, se acentúa aún más, en mi opinión, la idea de reflejar los conflictos universales "de todas y de todos" en su propio corazón:

Mis hermanos de todas las centurias
reconocen en mí su pausa igual,
sus mismas quejas y sus propias furias.

y finalmente busca el poeta la unidad en los motivos más dispares:

¡Oh, Psiquis, oh mi alma: suena a son
moderno, a son de selva, a son de orgía
y a son mariano, el son del corazón.

En síntesis, pues, la voz de López Velarde, seguramente más contenida y menos desgarrada que en *Zozobra*, se oye aquí más modulada y más serena de acuerdo con su actitud más reflexiva ante la vida. Poesía más clásica, en la aceptación más amplia de la palabra, es ésta de *El son del corazón*. Después de la inusitada tensión del libro anterior, esta obra final en verso es, como antes dije, el remanso. O, glosando al poeta, la suma de cerebro y corazón.

En este breve estudio he intentado precisar ciertas distintas modalidades literarias y vitales representadas en los tres libros de poemas de López Velarde, tres libros a su vez estrechamente articulados entre sí, tanto por las diferencias como por las semejanzas que caracterizan a cada uno de ellos. Salida y regreso, fidelidad y prolongación, pasión exaltada y reposo. A pesar del innegable salto estilístico que separa sus primeras obras de las postreras y los cambios de tono perceptibles en su modo de enfrentarse con los problemas espirituales que tanto lo conmovían, apenas hay ruptura violenta en la evolución del escritor a partir del año de 1915. Creo que la concentrada obra del poeta jerezano, en prosa y en verso, se presenta en realidad como una unidad indivisible que tiende a confirmar sus autenticidad de hombre y de artista. Para concluir, Ramón López Velarde, cantor de su patria y de su *intimo decoro*, ocupa un sitio destacado en la constelación de grandes poetas hispanoamericanos de todos los tiempos y es altamente merecedor de los homenajes que se celebran en el curso del año actual.